

Bush: mitos y migajas

José Luis Piñeyro

17 de marzo de 2007

El viaje de Bush por América Latina desmiente el mito de la imposibilidad de la unidad latinoamericana. Unidad vista como fantasía de políticos e intelectuales nostálgicos del siglo pasado. De forma reiterada internacionalistas y politólogos mexicanos y norteamericanos han señalado que México debe mirar hacia el norte y dejarse de coqueteos con Latinoamérica. Precisamente, sin embargo, la gira de Bush desmiente que todo sea alucinaciones, aunque sin duda para la integración del subcontinente falta mucho trecho que recorrer y evitar rocas que buscan "dividir y vencer", como el reciente acuerdo para la producción de etanol entre Brasil y Estados Unidos que va contra el gasoducto del sur que vinculará a Venezuela, Brasil y Argentina y eventualmente a Bolivia.

Quienes abogan que lo único que nos identifica como región son idioma, religión, cultura e historia comunes, pero que allí termina todo pues las diferencias son mayores que las convergencias, subestiman varios aspectos. Primero, que el imperialismo estadounidense ha tenido una sistemática estrategia de desunión de cualquier experimento de integración subregional o regional mediante conjuras políticas, presiones diplomáticas y comerciales, intervenciones mediáticas e invasiones militares. No es una deficiencia congénita de los pueblos y los gobiernos que se han propuesto alternativas capitalistas o socialistas de desarrollo económico y político.

Segundo, para entender el predominio del latinoamericanismo o del panamericanismo, es necesario distinguir y separar gobierno y nación, es decir, no siempre coinciden el primero con la segunda en la representación de los intereses nacionales reales y en el tipo de política exterior impulsada, de allí que a pesar la vigencia de gobiernos militares o autoritarios, la solidaridad de cientos de sectores medios y populares con experimentos de liberación nacional antiimperialista o anticapitalista como sucedió ayer con Cuba, Nicaragua, El Salvador o Guatemala, y hoy con Venezuela, Bolivia y Ecuador, haya ido a contrapelo de sus gobiernos.

Tercero, quienes propalan la imposibilidad de una unión latinoamericana ocultan que nos une por un lado, no sólo una etérea historia común, sino una historia de países colonizados y neocolonizados por los distintos imperios y las respectivas oligarquías aliadas, plasmada en una situación de dependencia exterior múltiple y, por otro, que existen necesidades sociales comunes insatisfechas que se sintetizan en una especie de subdesarrollo permanente.

Otro mito crecientemente cuestionado en el propio Estados Unidos y en nuestro continente, es que su gobierno está interesado en propagar por el mundo la democracia representativa, el respeto a los derechos humanos y la prosperidad material. Irak es un actual ejemplo sangriento de todo lo contrario, sólo importa resguardar los intereses petroleros y geoestratégicos del imperio, los valores universales de tolerancia a la diversidad religiosa y étnica sirven para esconder tales intereses.

Ahora bien, ¿que ofreció Bush a Latinoamérica antes de su periplo? Migajas, como son: la futura aportación de 75 millones de dólares para nuevos programas educativos y de salud y para que en junio un buque hospital de la marina con capacidad para atender 85 mil pacientes y efectuar 15 mil operaciones visite 15 repúblicas; el suministro de 385 millones de dólares para subvencionar hipotecas a familias de trabajadores en México, Brasil, Chile y Centroamérica y asistencia a empresas para "que pueda florecer el espíritu empresarial en la región", a través de préstamos. "Generosidad" que contrasta con los 500 mil pacientes tratados para recuperar o mejorar su vista al amparo de la Alternativa Bolivariana para las Américas o los millones de venezolanos alfabetizados con el método cubano "Yo sí puedo", además de los miles de consultas y tratamientos brindados por las brigadas médicas venezolano cubanas.

En resumen, el rechazo popular a la gira de Bush muestra que los latinoamericanos están cansados de migajas simbolizadas por sistemas políticos de muchas elecciones y poca democracia participativa y sustantiva, por economías abiertas con escasa competencia interna e internacional representada por monopolios concentradores de ingreso y riqueza y depredadores de recursos humanos y naturales, por una cultura que reivindica el respeto al estado de derecho y a la diversidad política y social rodeada de un mar de trabajadores agrícolas y urbanos desempleados, millones de forzados migrantes ilegales y de pobres crónicos.

Profesor investigador de la UAM-A